

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

JUGAR NO ES SOLO JUGAR

UNA ETICA PARA EL JUGUETE

EN realidad, todos los juguetes son «juguetes instructivos». Me refiero, claro está, a los trastos de diversa índole, caros o baratos, que las llamadas personas mayores ponen a disposición de sus nietos con el objeto de que se entretengan. De entrada, lo importante es que el niño pase el rato por su cuenta, sin que meta mucho ruido, ni estorbe las faenas domésticas de la mamá, ni interfiera la conversación de las visitas. El cariño paterno, por enorme que sea, tiene sus límites, y uno de ellos es éste: la impertinencia instintiva de las criaturas. Pero «jugar» no es sólo jugar. Mientras juega, el chico «aprende». Los psicólogos y los pedagogos han explicado el asunto con delicada pulcritud, y personalmente no tengo nada que añadir a sus conclusiones. El hecho fundamental, sin embargo, es lo que digo: el sutil procedimiento de «aprendizaje» que comporta cualquier juguete. Hay juguetes cuya intención explícita descansa en esta evidencia. El rompecabezas, por ejemplo. O los mecanos. Y las cajas con piezas de «arquitectura». Mi infancia, ya remota, tuvo estas opciones. Hoy día, según he podido observar, los recursos se han ampliado de manera admirable, e incluso existe una sólida rama industrial cuyo negocio consiste precisamente en elaborar chismes para ejercitar el ingenio natural de los pequeños. En su presentación, desde luego, parecen interesados en presentarse como un complemento de la escuela. En una gran medida, ahora, la escuela —la primaria, por supuesto— tiende a articularse sobre esquemas de juego: juego y didáctica se confunden, a menudo. De todos modos...

De todos modos, «cualquier juguete» es «instructivo». Y lo es tanto si se quiere como si no se quiere que lo sea. Esto es lo que intento subrayar. Mediante los juguetes, el niño absorbe nociones, juicios y conductas procedentes de los adultos. Y es lógico. Al fin y al cabo, el juguete es una invención de los adultos: un truco suyo. Ellos lo fabrican, ellos lo compran, ellos lo colocan en manos de los niños: ellos, sobre todo, lo han «proyectado» desde sus propios supuestos, consciente o inconscientemente. Con ese juguete, los muchachos se adaptan a la lección implícita. Es cierto que, por su parte, también procuran arbitrar soluciones que constituyen un remedio de las «cosas» de los mayores: unas sillas se convierten en un tren, un palo equivale a un caballo o a una espada, un trapo hace las veces de un bebé. Pero el juguete por excelencia es el que se les da: justamente ese con que le obsequian en tal fecha, o con tal motivo. Lo es-

cogen los padres, lo aconsejan los maestros, lo ofrece la publicidad. La muñeca que llora o que mea, el puzle o el scalextric, el repertorio de pastelinas, los soldaditos de plomo, el uniforme de supermán o de sheriff, el libro de cuentos, las miniaturas de batería de cocina, los ábacos, los xilófonos o las trompetas pueriles, los caballos de cartón, y el catálogo entero de la Industria y el comercio, son otras tantas presiones «educativas». No sólo «educan» lo que pretende educar, ¡ay!

Los tiempos cambian, y los juguetes, en consecuencia. Cambian, en última instancia, los módulos de la «educación» táctica. El viejo caballo de cartón casi ha desaparecido ya del mercado. Como van esfumándose los simulacros de menaje doméstico: o's, cazos, péroles, cucharones. Los chicos del día —las generaciones urbanas que se van sucediendo— ¿cómo van a sentir la menor atracción por el caballo, animal que comienza a ser para ellos tan insólito como la jirafa o el puma? La venerable institución de la cocina, ¿qué sentido podrá tener entre las niñas alimentadas con caldos de sobre o con carnes de lata? Pongo estos dos ejemplos como tema de reflexión. Los muchachos prefieren los coches y los aviones, que es lo que da la época, y me temo que las chicas se inclinan por lo mismo. Desde luego, la muñeca sigue siendo una institución sólida. Probablemente, lo será hasta la consumación de los siglos, o, en todo caso, hasta que se instaura un tipo de manufactura humana a estilo del «Mundo Feliz» de Aldous Huxley. El proceso biológico de reproducción sostendrá la permanencia de la «crianza»: el impulso maternal dará todavía mucho rendimiento, es el negocio de la juguetería. Quizá la creciente afición a la medicina estimule el entusiasmo de las niñas: buscarán muñecas susceptibles de servir para imitaciones del trato que la pediatría recomienda a las familias y al Estado. No sé. En todo caso, el caballo y la cocinita provienen de un criterio «educativo» hoy en crisis.

Y no es que, antaño, al darle al niño un caballo de cartón, o a la niña un fogón con sus accesorios, se tratase de «enseñarles» a montar o a confeccionar menús exquisitos. La idea «educativa» de los adultos era mucho menos ambiciosa: se reducía a un puro y simple esbozo de «acomodación». Y lo mismo ocurría con los soldaditos de plomo. Jugar con húsares y fusileros diminutos nunca ha significado que los chicos salgan con una efusiva vocación por la milicia. Los juguetes guerreros —añadiendo a la lista el aparejo de gángster, de vaquero, de vikingo, de

009— no inducen exactamente a la acción. El chico que tanto disfrutaba con las pistolas, al crecer, se convirtió en notario alabre o en ingeniero circunspecto, o en lampista perfectamente plácido. El peligro es bastante menos inmediato: consiste en esa «acomodación» a que me he referido, y tal vez la palabra no sea justa. El hecho es que el juguete crea un hábito «ideológico». O sea: «educa». Y no puede ser indiferente a nadie los hábitos de esta especie que vayan adquiriendo nuestros hijos. No nos es indiferente. La sustitución del caballo de cartón por el scalextric sintetiza lo que pretendo apuntar. ¿Cosa de moda? Hasta cierto punto. Los niños de hoy no ven un solo caballo, y si enormes trifulcas de circulación automovilística. Pero el juguete les viene impuesto. Sin darse cuenta de lo que hacen, probablemente, los papás «condicionan» a sus retoños en las compras de Reyes.

La agresividad de los varones y la presunta sumisión domiciliaria de las mujeres, tópicos claros de nuestra sociedad, no sólo son fenómenos de «estructura». O mejor dicho: porque son fenómenos íntimamente ligados a las «estructuras» tienen una traducción de juguete muy eficaz. El soldadito de plomo y la muñeca son los respectivos emblemas. Habría más temas a tener en cuenta: el embalsamiento ante las historias de hadas, ogros o frayescobas; la mitología de los ovnis; de los marcianos y demás subproductos de la ciencia-ficción; la misma «ciencia», en su variante de chismes anticlapadores. En la práctica, el gran flingido del juguete es cosa compleja. Son infinitos los juguetes a la venta. Y lo que alarma es la inocencia con que los padres acuden a ellos. Los padres compran a capricho, o por rutina, o por seducción de los eslógans, y los niños reciben esa involuntaria «educación». Los juguetes calificados de «instructivos» suelen ser mecanismos fríos y geométricos, por lo que he podido advertir, «tests». Son, sin duda, eficaces. Pero los adultos y sus chicos prefieren otros materiales de juego, menos abstractos, más «realistas», y ahí comienza el problema. No comienza, sigue. La muñeca es un juguete que data de las cavernas, como nos aseguran los arqueólogos. El juguete, cualquier juguete, es «instructivo». Cada sociedad crea sus juguetes, por un reflejo comprensible. Al decir «sociedad» quiero indicar «sociedad adulta». Lo que convendría pensar es que, con el juguete, se prepara la «sociedad» siguiente: la de mañana. Y esto exige una severa meditación.

Joan FUSTER

A TRAVES DEL TIEMPO

LOS DIAS NEGATIVOS

HOY ha sido un día de junta general de problemas, de pensamientos poco gratos; en efecto, los hay —extraños días en que el presente apenas cuenta— como para cruzarlos con urgencia, y olvidarlos; el tiempo —arrastrándolo todo— nada tiene que ver con el caso; somos nosotros los que andamos con el zurrón lleno de sombras, migajas del pasado, silenciosas inminencias («O roulier! qui t'assieds déposant ton bissac /ou roulet pé-le-mêle, avec des almanachs, /du pain dur, des péchés, des humiliations...»); no sé por qué acuden, se interponen estos versos de Francis Jammes, que digo en voz baja, y transcribo; días como el de hoy son jornadas inútiles, en las que el pasado se iza de pronto sobre dunas de tiempo perdido; de nada sirve pensar hacia atrás; nada, o bien poco resulta aprovechable del examen; pero todo confluye, y se empuja en no dejar en paz, en inquietar la posesión del presente; la verdad es que el tiempo ha acompañado poco, por cierto; ha sido un día nublado y húmedo, con el otoño derrumbado, sin mostrar siquiera los colores de la fatiga de sus plenitudes; ¿cómo pudimos, tantos años, ser tan partidarios de las dolientes imágenes del otoño? ¿Cómo demostrar, con tanto empeño, las prodigiosas luces del verano, que ahora deseamos para la pobre mente envuelta en una nube?; ¡qué distintos nos vamos volviendo!

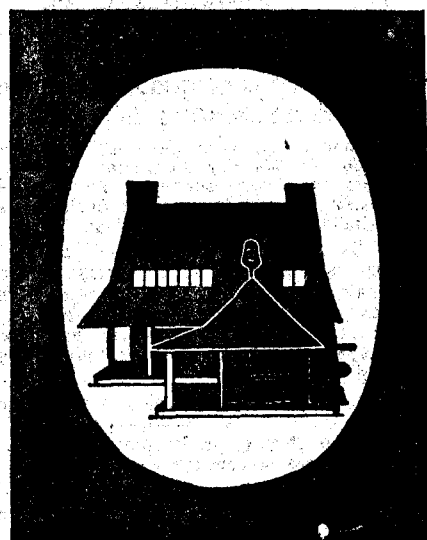
Nos asedia la terca presencia de lo transcurrido; me estoy acordando del viaje inquieto y silencioso del personaje central «Fresas salvajes», con la memoria invadida por el pasado; la versión en imágenes de aquel dramático examen de conciencia del viejo profesor, en camino hacia unos deseados laureles universitarios, constituía, propiamente, la película, con el tiempo como protagonista; la minuciosa evocación cobraba honores de humanísima pesadilla; Bergman se recreaba en la suerte; conducía el recuerdo por los senderos de lo negativo, del desamor, de las innobles tretas de juventud, agua en el suelo, de lo imposible de restituir.

En días así —luego todo pasa, se desvanece—, incluso el presente se nos esquina; pequeñas torpezas aguan la fiesta; las cosas, de pronto, marchan mal; se siente uno sin demasiadas ilusiones; el futuro se nos acorta, se convierte en problema de adversos factores; llueve sin acabar de llover del todo, en esta tarde oscura, breve como las demás pero interminable; yo creo que la cosa comenzaba anoche; la televisión nos enfrentaba con los años del gasógeno, con las melodías de nuestra rotunda juventud; se nos puso el alma al revés; nos acostábamos metidos en la época; volvíamos los nombres olvidados, los pensamientos, los propósitos de entonces; al apagar la luz, se encendía todo un mundo archivado; se dibujaban los perfiles de nuestra generación, en el puente de dos épocas, sin pena ni gloria; tuvimos que entendérmolas con la vida como si no fuéramos los jóvenes que estábamos siendo; generación con la juventud interrumpida; la llevamos dentro como algo que no llegó a decirse nunca del todo; nos la tragamos como la conferencia que se prepara y, por fin, no se da; que sentimos deseos de contar al primer desconocido que nos pide fuego por la calle; pero que no contamos porque no sería lo mismo, claro; los años han ido pasando, esos años que nos han puesto en la edad que tenían entonces nuestros padres, más o menos, y cada vez ha resultado más inoportuno proclamar lo que la gente «solemos llamar nuestro caso —que a nadie importa—, para las nuevas promociones tan inactual como la guerra de los cien años.

Todo, al fin, se superó; todo trigo molido; afortunadamente, tenemos la vida llena de obligaciones y proyectos; nuestra felicidad, con las pequeñas nadas, consiste en tener el pasado enterrado, los recuerdos bajo llave; hemos renunciado serenamente a viejas esperanzas; nos consideramos de buen conformar; todo nos parece apetecible después de nuestra particular mala suerte histórica, y de nuestros errores personales e intransferibles (... «avec des almanachs, du pain dur, des péchés, des humiliations...»); le damos gracias a Dios por habernos provisto de sentido del humor suficiente para seguir «la ruta con semblante que no incomode a nuestro prójimo. Lo que ocurre es que, sin comerlo ni beberlo, una piedra, una hoja mueve las aguas quietas, y, al apagar la luz, se pone de manifiesto nuestra pequeña biografía, y el magín, de cuyo dado a esas industrias, entra en acción, y se malogra el presente.

Y por añadidura, va y amanece el día envuelto en niebla, y el otoño deja ver toda su desolada grandeza, y las cosas no marchan como debieran, y se hace una tristeza que enturbia la realidad; y, en un oscuro domingo, en el que no acaba de llover del todo, desdeñando nobles temas que aguardan turno, se escriben crónicas como ésta que, leída por sí, rompería de buena gana quien firma al pie, si no estuviera la noche tan adelantada, y pudiera levantarse más tarde, como en los años cuarenta que ayer le traía la televisión.

José CRUSET



restaurante BLANCANIEVES

PARQUE ATRACCIONES MONTJUICH
ENTRADA INCLUIDA

CENA - REVEILLON 1971

en nuestra parrilla con leña de encina
MENU: Entremeses, Blancanieves
Parrilla carne con patatas o judías
All i Oli - Sangría y Helado
Uvas con obsequio - Media botella Codorniu

BARRE HASTA LA MADRUGADA.
CON LA GRAN ORQUESTA LOS NICHOS
Bolsas Regalos - Globos - Obsequios
Reserva de Mesas: Tel. 242-87-25
Plazas LIMITADAS — 70 personas

Crucero AL AFRICA FASCINANTE M/N CARIBIA

15/2 BARCELONA	3/3 COTONOU
19" TENERIFE	4" ABIDJAN
21" DAKAR	7" FREETOWN
24" MONROVIA	8" CONAKRY
26" ACCRA (Tema)	12" LAS PALMAS
27" LOME (Togo-Port)	14" MALAGA
1/3 VICTORIA/DOUALA	

Precio desde 30.620 ptas.

2 programas aeromarítimos →

informes y reservas en
HIJOS DE M. CONDEMINAS S. A.
Paseo Colón, 9-11 Tels. 221 14 80 - 232 21 04



MODAS BADIA, S. A.

Mañana empieza la tradicional liquidación

TROZOS

Y Restos de Serie - Artículos de Gran Novedad
Sedas, lanas, estampados y algodones

Av. José Antonio 652 (junto Vía Layetana)

LAVA-EXPRESS S.A.

le propone un NEGOCIO con rentabilidad del 25 al 30% con lavadoras profesionales ZANUSSI



TORRE VELEZ, 35
Tel. 2551789-2354775
BARCELONA-13

LA COCINA

EN CUATRO DIAS DE MOLESTIAS PARA USTED LE TRANSFORMAMOS SU COCINA Y CUARTO DE BAÑO EN SU SUEÑO

Muebles de madera, lampistería, electricidad, pintura y albañilería.

ESCOJA EN NUESTRA EXPOSICION

LE HACEMOS UN PRESUPUESTO SIN COMPROMISO
Visitenos o llámenos: Trinxant, 130. Tel. 235-48-38